

Dos sueños

Sergio Pitol

2 de abril de 1992

Me he instalado en Roma, en donde acabo de comprar una casa. Debe ser en las afueras de la ciudad; su aspecto es pobretón: pocos muebles, todos viejos, polvosos y desvencijados. De pronto veo chisporrotear un cable eléctrico; las chispas se convierten en pequeñas llamas y comienzan a carbonizar una viga. Vivo solo, sin nadie que me auxilie en esos casos. Salgo a buscar a un electricista, pero la situación no parece preocuparme demasiado, como si ese cortocircuito tuviera la misma escasa importancia de la puerta del armario que cierra con dificultad. Salgo a la calle con una escalera portátil en una mano y en la otra una maleta. Advierto que Sacho me ha seguido; lo dejo acompañarme, pues es la hora de su paseo. Escondo la escalera y la maleta entre un macizo de flores, en una pequeña rotonda bastante desabrida. Descubro una entrada al Pincio y me interno con Sacho por una puerta para mí desconocida. Pasamos frente a un aviario; jaulas enormes albergan allí a miles de aves exóticas, maravillosamente coloridas. Comenzamos a ascender una colina; al pasar por un tendajón se me antoja comprar un poco de pan y queso. A Sacho no le permiten el ingreso así que lo dejo en la acera con instrucciones de no moverse durante mi ausencia. Me equivoco y salgo por una puerta trasera; aprovecho la oportunidad para dar unos pasos y disfrutar del paisaje. En un momento dado, descubro que me he perdido. Camino sin rumbo, angustiado, llevo a Sacho clavado en el pensamiento. Entro en un café y le cuento a todo el mundo mi desgracia, la pérdida de mi perro, la imposibilidad de encontrarlo. Pido que me orienten para volver a esa entrada del Pincio donde hay un aviario. Un joven se ofrece a conducirme al lugar, dice conocer el camino a la perfección por ser distribuidor de pan en todos los negocios del rumbo. Antes de salir, elige con mortal parsimonia un par de enormes hogazas, y luego, ya de camino, me explica lo importante que el pan es para los romanos, en especial ese tipo de pan oscuro y pesado; dice que al comerlo comulgan, ratifican su identidad. Lo oigo con desesperación. Comento que hemos errado el camino, que cada vez me siento más lejos del lugar donde Sacho yace abandonado. Responde con petulancia que conoce mejor que nadie esos lugares, que seguimos un atajo directo. Caminamos en silencio durante largo rato. Al dar vuelta a un recodo aparece ante mí la cúpula de San Pedro. ¡El Vaticano, pues! No me cabe la menor duda de que he seguido a un loco o a un irresponsable, que es lo mismo. Lo insulto y se marcha comiendo su pan. No me explico cómo pudimos haber pasado el río sin yo advertirlo. Hemos atravesado media Roma; estoy más lejos que nunca de mi pobre perro, y ha comenzado a caer la noche. Con toda seguridad también él andará, desesperado, buscándome. En el peor de los casos alguien apreciará la calidad de su pelaje, se enternecerá ante su desamparo, descubrirá sus cualidades y cuidará de él. Sacho no tendrá que vagabundear por las calles. A mí, en cambio, me será imposible sobrevivir a su pérdida. Me sentiré culpable de haberlo abandonado. Recuerdo que he dejado en algún lugar una maleta y una escalera, objetos insólitos para salir a la calle en busca de un electricista; recuerdo también que mi casa había comenzado a quemarse. Han pasado tantas horas que sólo quedarán cenizas de ella. Salí a la calle sin documentos de identidad, o tal vez



estén en la maleta perdida. No tengo amigos en la ciudad a quienes recurrir. Me presentaré mañana en el consulado para pedir mi repatriación. Volveré a México en la miseria, pero eso no me importa, lo verdaderamente trágico es regresar sin Sacho.

En ese momento despierto desolado, con la sensación de que el resto de mi vida transcurrirá sombríamente, que nunca podré recuperarme, que todo ha sido culpa mía. Me cuesta trabajo convencerme de que he resultado, es decir que he vuelto a la realidad, que estoy en mi cuarto, que la agonía que acabo de vivir ha sido un mero sueño, y en ese momento descubro que a un metro de mi cama Sacho duerme. Veo el reloj, es tardísimo, ha pasado la hora en que debe salir. Por ser domingo estamos solos en casa. Le pongo de inmediato la correa y hacemos nuestro habitual recorrido por el centro de Coyoacán. Vuelve a cada momento la cabeza, como si quisiera corciorarse de que en verdad está conmigo, como si hubiera soñado que yo me había perdido en un inmenso parque de una ciudad extraña.

2 de julio de 1993

Vivo desde hace algún tiempo en una casa de campo, en una región imprecisa de Italia. Es una casa amplia, amueblada con gusto, en extremo confortable; un lugar donde escribir se vuelve una delicia. Desde mi mesa de trabajo puedo ver un hermoso huerto de cerezos, y al final del huerto, una cabaña, donde vive como huésped un profesor mexicano especializado en literatura italiana. Pasa allí sus vacaciones mientras termina la traducción de un drama clásico. Cuando llegó lo ofrecí una habitación en la casa grande, pero él prefirió la soledad e independencia de la cabaña. Al medio día pasa a comer conmigo y con otras personas más, porque en la casa hay invitados todo el tiempo; llegan a comer, a cenar, a tomar una copa, a conversar un rato, a pasar un fin de semana, varios días, una temporada. Me gusta la casa, el paisaje y esa forma de vida. No lejos de mi casa, a la orilla de un río, apareció un día el cadáver de un niño. Lo habían estrangulado y luego arrojado al agua. Un joven estudiante de literatura, aparecido desde hace poco en la región, fue quien descubrió el cadáver, ya en estado de descomposición, y dio parte a la policía. Es inocente, de eso hay todas las pruebas. El día del asesinato, fijado ya por un médico forense, el estaba fuera del país. Tiene pruebas y testigos. Sin embargo, el ambiente ha comenzado a enrarecerse en

torno suyo. En el pueblo no se cree en su inocencia y se lo manifiestan a cada momento.

Una noche ofrezco una cena muy formal, como cuando era diplomático, con unos veinte invitados en torno a la mesa. Las cabeceras las ocupamos yo y una anciana muy elegante, de ademanes y gestos enfáticos, posiblemente una actriz. De pronto, irrumpe el estudiante en el comedor. Está aterrizado; dice que lo persiguen, que lo quieren matar, la señora mayor con gesto magnánimo le ordena sentarse a su lado. Allí estará seguro. Instantes después, un campesino, también muy agitado por la carrera, entra en la habitación, se planta ante una ventana y la cubre con su cuerpo imponente. La inmovilidad intensifica la ferocidad de su rostro. Por la puerta de la cocina aparecen dos hombres y se colocan ante las otras dos ventanas. De repente, el salón está lleno de hombres y mujeres vociferantes, entre ellos el jardinero, y la cocinera; llevan cuchillos, garrotes y cuerdas en las manos. Forman un círculo siniestro en torno a nosotros. El muchacho se levanta empavorecido, intenta huir, pero entre todos lo sujetan y lo sacan del lugar. Le explico a mis invitados los antecedentes, el niño asesinado, su descubrimiento. Insisto en que las pruebas apoyan definitivamente la inocencia del muchacho. No he acabado de hablar cuando llega del huerto un grito atroz. Todos permanecemos sobrecogidos, en silencio. La ejecución ha tenido lugar. La cocinera, el jardinero y un hombre al que desconozco hacen su aparición y sin decir palabra se retiran a la cocina. Hay sangre en sus manos y en su ropa. Examinado con la mirada a mis invitados; tengo la certeza de que uno de ellos debe ser el asesino, pero no sé quién. El silencio dura unos minutos. Lo rompe la voz de la anciana:

—La Petrilli jamás me quiso. Mi Amneris era muy superior a la Aida que ella hacía. No es un caso único, la relación entre sopranos, mezzos y contraltos se vuelve desde los primeros ensayos un combate feroz.

Comienzan a servir consomé. Los comensales hablan de ópera, de intérpretes, de directores de orquesta, de funciones memorables por su esplendor o por su desastre, de

Turandot, de *El caballero de la Rosa*, de *Tosca* y de *Così fan tutte*. También yo participo, pues presumo de ser un buen anfitrión, pero poco a poco el linchamiento del estudiante, los rostros congestionados por el odio, las manos manchadas de sangre, van dejando sentir un peso intolerable sobre la concurrencia. La conversación iniciada con tanto brio va amortiguándose. Los invitados se examinan, se escuchan, hacen preguntas capciosas. La sospecha de que en la mesa se encuentra el asesino de un niño se vuelve general. Me aterra que alguien pueda sospechar de mí. Podría yo argüir todas las pruebas del mundo para certificar mi inocencia. Pero, ¿de qué me servirían? También el estudiante tenía pruebas y ellas no lo libraron de ser ejecutado. Se intensifica la angustia. No logro despertar.

Xalapa, marzo de 1995

Sergio Pitol. México, 1933.
Ensayista y narrador